

Las imágenes en la televisión que mostraban la ciudad de Murietta, California, no habrían podido ser más gráficos o desafiantes. Se veían a los ciudadanos enojados, que llevaban muchos signos, que confrontaban un autobús de la Agencia de Control de Inmigración y Aduanas (conocido como ICE), que estaban intentando entrar en un centro de detención. En el autobús habían niños, jóvenes y algunas mujeres de varios países de Centro-América. Estos habían emigrado hacia el Norte y habían entrado ilegalmente a los Estados Unidos para escapar de situaciones desesperadas de hambre y pobreza, así tanto como los disturbios civiles de sus países, del resultado de violentos ataques debido a las guerras de entre los cárteles de la droga, las pandillas juveniles y la misma policía. La multitud allí reunida comenzó a gritar muy fuerte, y con enojo debido a que los pasajeros del autobús se los llevaba a este centro para un procesamiento por las autoridades gubernamentales, las autoridades temiendo por la seguridad de los pasajeros, dieron vuelta el autobús y se dirigieron hacia otro destino.

Mirando este programa de noticias, me encontré confrontando con algunas de estas inquietantes preguntas. Sin duda, algunas de las personas, o tal vez muchas de ellas en la multitud que estaban a gritos protestando y bloqueando la carretera, se identificarían a sí mismos como creyentes de la Biblia y creyentes cristianos—posiblemente católicos, o miembros de otras denominaciones cristianas. Me encontré también reflexionando de ¿Cómo pueden balancear su comportamiento con el mensaje en la Lectura del libro del Éxodo, y de los dos mandamientos en el Evangelio de hoy, en que resume la esencia de la vida cristiana: el amor a Dios y el amor al prójimo? Al preguntarme esta misma pregunta a mí mismo, me pregunté: ¿con quienes me comporto como "ciego" cuando se trata de ver y de amar a mi "prójimo"? ¿Dónde aun necesito escuchar y convertirme al llamado de la Escritura de amar a Dios y de amar al prójimo? Estas son preguntas difíciles. Tampoco hay respuestas fáciles.

Como los fariseos, nos enorgullecemos de ser buenas personas, respetuosos de la ley, y honestos observantes de la religión. Sin embargo, estas mismas buenas cualidades pueden también ser una tentación para nosotros como lo fue para los fariseos en el tiempo de Jesús. Los Fariseos al mantener una estricta comprensión y observancia de la ley, en lo cultural, en lo político y religioso; describieron quién era justo en los ojos de Dios y quién no lo era. Por lo tanto, la asociación de Jesús con los colectores de impuestos, prostitutas y otras personas que eran etiquetadas públicamente como pecadores y "delincuentes", eso era un escándalo. Jesús, por el contrario, que respetaba completamente las leyes, desafió a los fariseos por su estrecha comprensión y práctica de ellas. Para Jesús **es más bien** quién es o qué es "**legal**"— ya sea culturalmente, políticamente o religiosamente, pero ¿quién es o qué

es "**moral**"? — una fe y una vida que practica la fe basada en el amor a Dios, la cual ve y actúa como 'Dios ve y actúa', que es un amor de ver a cada ser humano en su fundamental naturaleza como Dios lo formó y en el cual la propia imagen y semejanza de Dios reside. **Porque el amor de Jesús no es una ley, sino una relación** — una relación personal con Dios, a quien no podemos ver, pero que al vivir en, y a través de la relación con los otros seres humanos, entonces nosotros lo podremos ver a Él. Jesús en su enseñanza nos hace hincapié en que el vecino no es sólo alguien cerca de nosotros, sino alguien de nuestra clase en las muchas maneras en las que definimos, o alguien que definimos como "legal", basado en algo dictado ya sea político o legislativo. Para Jesús, el "prójimo" es cualquier persona que entra en nuestras vidas. Cada ser humano es un vecino, como Jesús lo estableció en su parábola del "Buen Samaritano".

Esta semana termina el "Mes al Respeto a la Vida". El niño aún no nacido en el vientre de su madre; el huérfano o un niño abandonado; el refugiado; el que emigra más de mil millas para escapar el terrorismo y la muerte en su patria; el trabajador que arriesga la vida y cruza la frontera hacia nuestro país con la esperanza de encontrar trabajo para mantener a su familia; el habitante de la ciudad interior atrapada por la pobreza; la persona de edad avanzada que viven a solas o en una institución; el prisionero sentado en la cárcel—en todos ellos se encuentra el rostro de Dios. Ellos son los 'vecinos', el 'prójimo'. Sí, debemos continuar nuestros esfuerzos para asegurar el derecho de toda persona al nacimiento y a las básicas necesidades esenciales para un próspero ser humano. Sí, debemos hacer frente a los complejos problemas que causan esta migración masiva con el fin tanto de asegurar nuestras fronteras y ayudar a los gobiernos en los países de origen para proporcionar los medios necesarios para ayudar a su gente a vivir una vida humana básica libre de amenazas y actos de violencia. Sí, tenemos que proteger a la sociedad de aquellos de entre nosotros que nos podrían hacer daño, pero al mismo tiempo, proporcionar la ayuda necesaria para ayudar a los prisioneros a encontrar una forma de reconciliación con Dios, consigo mismo y con aquellos a los que han dañado.

El Papa Francisco ha declarado que si nosotros, que tenemos los medios de Dios de escuchar a los pobres, y si nos volvemos sordos de oídos a esta petición, vamos a openernos a la voluntad del Padre y de su plan. El corazón de Dios tiene un lugar especial para los pobres, tanto es así que él mismo se hizo pobre: fue un niño desarrollado en el útero, no tenía hogar, fue un refugiado, un inmigrante, fue arrestado, juzgado y murió como un criminal. **Jesús, el vecino, el prójimo.**

Padre Jim Secora